

DESAPARICIÓN EN LA CASA DE ENFRENTÉ

Una tarde soleada de primavera, un buen grupo de niños jugaba tranquilamente al escondite en un parque del barrio. Nacho era el más pequeño y el más travieso, así que para demostrar a todos que también era el más listo decidió esconderse en donde nadie pudiera encontrarle, y ese lugar no era otro que la vieja casa de enfrente... inadie se atrevería a buscarle allí!

Aunque Nacho era muy valiente, sus piernas temblaban porque al acercarse a la casa, la iba viendo más grande y gris. Estaba abandonada desde hace muchos años, y solo había lagartijas corriendo por las paredes.

El jardín estaba descuidado. Había hierbajos muy altos y desperdicios por todas partes, pero Nacho siguió avanzando hasta llegar a un extraño pozo que parecía ser poco profundo y al que caían las lagartijas quedando enterradas en la arena del fondo.

La abuela Elvira estaba muy nerviosa. Buscaba a Nacho para llevarlo a casa de sus padres y, como pasaba casi siempre, no aparecía por ningún sitio. Daba pena verla así. Preguntaba a la gente que pasaba si habían visto al niño, pero nadie sabía nada. De repente Elvira se dio cuenta de lo mucho que le gustaba a su nieto explorar, y se fijó en aquella casona deshabitada que tenía ante sus ojos y que daba bastante miedo bajo la luz del atardecer.

Un empujón fue suficiente para abrir un hueco en la verja oxidada y entrar en el jardín. Elvira recordó entonces con nostalgia los buenos ratos que había pasado allí muchos años antes, cuando era todavía una niña y aquella era la casa de su amiga Francisca. Las dos correteaban entre las flores silbando y cantando llenas de felicidad, hasta que un día Francisca desapareció y nadie volvió a verla. Elvira sintió un escalofrío al ver a lo lejos un viejo pozo que no recordaba, empezó a caminar deprisa y cuando alcanzó el borde, gritó hacia el interior:

- ¡Nacho!, ¡Nacho!

Inmediatamente la pobre abuela fue absorbida por el pozo. El aterrizaje resultó ser suave porque una arena mágica, fina y blandita, hacía que la caída fuera muy lenta. Elvira se sentía como si caminara por el espacio exterior, y la sensación era muy agradable. Cuando Elvira recuperó totalmente el sentido, se levantó despacio y miró a su alrededor, no podía creer lo que veía, allí estaba Nacho, con pinta de estar mareado. Elvira dio un abrazo a su nieto y ambos miraron hacia arriba. La altura era enorme, así que decidieron avanzar por el pasillo oscuro que tenían delante. Pronto vieron una luz, corrieron hacia ella y se encontraron en una gran sala iluminada por cientos de lámparas de cristalitos, de esas de las que siempre decía la abuela que eran muy difíciles de limpiar.

Nacho y su abuela aún seguían abrazados y miraban a todas partes buscando una salida, pero no la había. De pronto los dos se asustaron al descubrir a una anciana sentada en un rincón y que los miraba con cara de pocos amigos.

- ¿Quiénes sois? - Preguntó con voz ronca.

- Una abuela y su nieto que están perdidos - contestó Elvira.

La anciana les pidió que se acercaran a ella y entonces empezó a contarles que jamás escaparían por mucho que lo intentaran ya que un gigante espantoso que allí vivía mataba a todos los que se atrevían a entrar en su hogar. Mientras la anciana hablaba, Elvira se acercaba más y más a ella, hasta que al fin dijo:

- Francisca... ¿Eres tú?

Francisca, desconcertada, dijo que si con la cabeza y las dos amigas se fundieron en un abrazo mientras Nacho observaba aterrorizado como Francisca comenzaba a hincharse y cambiar de color. Creció tanto que su cabeza golpeaba los cristalitos de las lámparas, y abuela y nieto se pusieron a correr como nunca antes en su vida lo habían hecho. Mientras corrían, Nacho escuchaba voces:

- ¡Nacho!, ¡Nacho!, ¡Despierta por favor!

Poco a poco levantó los párpados y Nacho pudo ver la cara de su madre y a

dos policías que le ayudaban a levantarse. Se encontraba tumbado debajo de un árbol florido y los rayos del sol que pasaban le molestaban bastante.

Mientras todos juntos se alejaban, Nacho no podía dejar de mirar la casa. No entendía nada. La casa era ahora una casa normal. Tenía colores y por la ventana se veía a una familia preparándose el desayuno.

- ¿Dónde está la abuela? - preguntó Nacho.

- En su casa. ¿Dónde va a estar? - contestó la madre.

Nacho respiró tranquilo y se prometió que nunca más volvería a dejarse llevar por la curiosidad entrando casi de noche en una casa deshabitada y siniestra... o... Tal vez sí.

Isabel Ibarlucea Lloret, 10 años.

Madrid.